

ejecutables por un dios todopoderoso [...]

Crear, destruir, recrear. Tres palabras unidas a la transitoriedad humana, que acaso, como su dios, como sus dioses, no son sino una muestra de su desasosiego y de su constante rebeldía y que cada nuevo escritor, después de resolver la destrucción siempre suficientemente motivada del mundo heredado y ya corrupto, se propone de modo ineludible: ¿qué salvar del Diluvio?, ¿qué subir en *mi* arca?

Más allá de no pocos ejercicios admirables y atinados, el mérito, entonces, de este libro se halla en la exposición, con sus distintas variaciones del tema diluviano, de los ociosos oficios del escritor.

ANTONIO SILVERA
ARENAS

“Luis iba para Marte, pero cayó en la Tierra por equivocación”

La trascendencia política de lo efímero

Luis Tejada

Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2006, 133 págs.

La expresión que encabeza la reseña es de la tía Rurra, precursora en Barbosa (Antioquia) de las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. Encuentro esta curiosidad, y tantas anécdotas reveladoras, en el libro de John Galán Casanova, *Luis Tejada. Vida breve. Crítica crónica*, en una fina edición de Panamericana (2005). Aprendemos ahí que sólo unos meses luego de entrar al colegio, a Luis lo echan porque peleó con el maestro. Venía de un ambiente liberal. Su padre llegó a ser secretario privado de Rafael Uribe Uribe. El niño es puesto bajo la tutela de la tía María Rojas Tejada, precursora de la educación femenina en Antioquia. Por parte de su madre,

es sobrino de la aguerrida María Cano y de los fundadores del diario El Espectador, donde va a trabajar en Bogotá, luego de que su tío, Luis Cano, le rechazara la primera crónica, porque no es “de actualidad”. El joven adolescente vuelve al colegio, y meses antes de graduarse de bachiller con los Hermanos de la Salle, es expulsado, por leer “libros prohibidos”. El poeta Luis Vidales (eureka, tres Luises en tan breve trecho), unos años menor y amigo de Tejada, declara que el hombrecito “tenía un poder magnético enorme. De su ser emanaba un fluido atrayente, verdaderamente maravilloso”. Agrega: “Él era el centro de nuestra generación. El jefe nato, nuestro núcleo rumorante e inquieto”. Con palabras así, más o menos, Pablo Neruda se refiere al carácter de Federico García Lorca. Se dice *paloma duenda*: si son mensajeras y migratorias, es porque alojan en su cabeza el mineral magnetita, que les permite orientarse con el magnetismo de la Tierra. En estos dos genios y figuras (nacen el mismo año 1898, Tejada y Lorca), el magnetismo es el mero duende, que no viene sino huele la muerte cerca, la cual viene a sorprenderlos temprano, al final de la noche, al uno en Granada (1936), ¡*Oh mi Granada!*, al otro en Girardot (1924), *la ciudad de los zapatos blancos*.



Si uno lee de entrada la contracubierta, encuentra ya una errata en este librito; se cita la Presentación de Carlos Vidales al principio del texto, que a su vez cita una crónica de Tejada, “Los caminos”; donde dice “flaquean los páramos ingentes”, debe decir: “flanquean los páramos ingentes”. El texto está plagado de erratas, una verdadera

peste, estas ediciones desde (muy) abajo, ¿dónde estaba el digitador, si ya no en Marte ni en la Tierra, bajo qué luna pálida lo coge la noche, en qué hueco negro, cuántos gazapos más reveladores de su inopia; varias veces leemos “peor”, cuando debe decir “pero” (págs. 74, 126); “nuestro gentil contendor” (pág. 44), es “nuestro gentil gentil contendor”; o bien: “dulces cadáveres clientes” (pág. 53), donde debe decir “dulces cadáveres calientes”; ésta otra, como si el corrector de pruebas o estilo estuviera descifrando un jeroglífico, al leer el texto de Luis Tejada: en la crónica “El pescador” (pág. 72), leemos: “va sigiloso por la orilla, había paso, como si bajo del agua estuviera dormida su amada” (pág. 73), debe decir, por supuesto: “va sigiloso por la orilla, habla paso, como si bajo del agua estuviera dormida su amada”. En la pág. 100, viene la ingeniosa crónica de Tejada “Sobre el amor y la belleza”; dice: “sobre el ataúd, escueto, venía sentada la tremenda Venus montaras (sic), fría y sencilla, fumando en silencio su tabaco”. Sin duda, debe decir *montaraz*. Es un verdadero horror esta edición, y es indigno del *Príncipe de los cronistas* (el nombre lo acuña una revista, *Caminos de Barranquilla*, donde colaboró nuestro antihéroe), al que se quiere (¿?) resaltar, editando algunas crónicas suyas (dejando de lado tantas crónicas claves de su pensamiento y de su estilo, como “Elogio del espíritu de contradicción”, “Viajes”, “El amor a la vida”, etc.), sin poner fechas junto a las crónicas, cuando ocurre que las fechas hacen parte del acontecimiento minúsculo que da lugar a una crónica: “A las cinco en sombras de la tarde” (Lorca, cuando muere el torero Sánchez Mejías en el redondel de la plaza, y cuando irrumpe el fascismo en España). El título del libro, rebuscado tópico que muere al pronunciarse: *La trascendencia política de lo efímero*. En la crónica “Gotas de tinta”, Tejada, dice que el “mejor cronista es el que sabe encontrar algo maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascendente lo efímero; el que, en fin, logra poner

mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasa” (pág. 24). Al aglutinar las palabras de Tejada con la *política*, en el título de este libro, se pretende hacerlas agentes de poder, y desentonan, chirrían, se ajustan mal al “filósofo de lo pequeño”, a este “universal singular” que era Tejada. Las ilustraciones, de Ómar Guío, en trazos curvos, redondos, sugieren destreza en el dibujo, pero se aparejan mal, también en este caso, con los textos de Tejada, parece más bien que Guío ensaya a dibujar la figura humana y animal, con extravagancias descaradas, literalmente, puso una cara en un trasero, ilustrando “La nariz” (pág. 103); a uno le parece que se sirve de las crónicas como pretexto; pero sus dibujos desentonan con los textos: ¡un elefante con ruedas sobre los raíles para ilustrar la crónica de “La locomotora”! (pág. 64), o bien unas mariposas casi pegadas en arco, que parecen ir a unos labios cerrados, ilustrando la irónica crónica “El hombre que se casa” (pág. 84); la ilustración de “La ética del pantalón”, muestra a un hombre desnudo de la cintura hacia abajo, llevando en la mano su pantalón armado, casi como si llevara un perro o arrastrara el coche del bebé, ahí hay un buen dibujante y un mal ilustrador, sus figuras no embonan con el texto, y antes lo caricaturizan, lo ridiculizan o distraen. La Presentación, escrita por Carlos Vidales, no podía quedarse atrás en este intento por escatimar la gracia natural del poeta Tejada. Es así como de entrada adelanta sus ideas de un marxismo tradicional mandado a recoger, sacando ¡qué conclusiones!: que Tejada no era un individuo singular sino “un producto social” (!), que “no fue el único cronista genial, ni el primero, ni siquiera original en algunos de sus temas”. Y agrega: “me río de la llamada ‘crítica literaria’ que quiere ver milagros por todas partes, ‘casos únicos’, ‘genios individuales’, productos de la nada, regalos gratuitos de los dioses y otras imbecilidades parecidas. No, Tejada es un producto social” (pág. 15). Carlos Vidales, que no conoció al cronista,

se refiere a él como si hubieran caminado juntos arriba y abajo, dice: “Lo único extraño, casi inexplicable, es que escribiera una crónica sobre *El arte de caminar bien*. Cuando llegó a Bogotá, Tejada era delgado, pequeño, nervioso, de cabeza bien formada, de frente amplia y nariz recta, de grandes y bellos ojos, de labios un tanto gruesos y fruncidos eternamente alrededor de una pipa de caña recta. Había algo de chaplinesco en su figura, porque tenía las piernas flacas y un poco desordenadas y caminaba como un marinero en la tormenta, con un pie en babor y otro en estribor”. Que tal vez camina patojo, dice, porque se vino caminando de Armenia a Bogotá, “en una época en que los caminos eran trampas mortales para el peregrino”. El miedo le hace decir sandeces, desde Estocolmo, donde está fechada la Presentación (2005), y en contraste, está el camino, siempre inquietante y animoso, que hacen estos andadores natos, también Fernando González, cuyo *Viaje a pie*, por esta época, 1920-1930, marca un hito en la obra del filósofo de Envigado. Dan ganas de “Viajar” (crónica de Tejada, 1920, que no aparece en el libro que reseño): “Viajar es delicioso y conveniente; nada está lleno de emociones tan imprevistas. Nada tonifica y fortalece tanto”. Y luego: “viajar es exponerse, ir al encuentro de los sucesos, provocarlos”. Y aún esta píldora: “un vagón de ferrocarril es un pararrayos de los acontecimientos: los atrae”. Ocurre que, en esta presentación, Carlos Vidales, ve a Tejada sobre todo a través de los textos de su padre, Luis Vidales, pero sin la gracia y el afecto que éste tenía de alma y corazón por Tejada. Un testigo fiel cuenta que este otro Luis, Vidales, en el entierro de su tocayo en Girardot, “lloraba como un niño”. La cita del padre aparece también en esta Presentación, nótese la diferencia de estilo con su hijo Carlos: “Ya por entonces Tejada tenía ese chaplinesco inconfundible de hombre que había pasado por muchos apuros y por muchos horizontes. Iba siempre con los pantalones de pasar el río”.

Con todos sus defectos, este libro me ha servido para buscar otras



fuentes, para ir al libro aludido al principio y editado por Panamericana, *Luis Tejada. Vida breve, crítica crónica*, de John Galán Casanova. Ahí, encuentro de entrada, en la carátula, un notable retrato del cronista de 17 años, hecho por Melitón Rodríguez en 1915, cuyo original reposa en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. ¡Genio y figura hasta la sepultura! Me parece ver, en este retrato, un parecido entre Tejada (1898-1924) y el poeta mexicano de Jerez (Zacatecas) Ramón López Velarde (1888-1921), *Uno es mi fruto: vivir en el cogollo de cada minuto*. Son coetáneos, ambos tienen un bigotico, sutil el de Tejada, sobre unos labios gruesos, ojos grandes, una suerte de *mirada-afuera-de-animal-ante-la-muerte*, común a ciertos profetas-videntes. Quién sabe el color de la tez en cada uno, sin duda ambos mestizos, de sangre mezclada, ambos tienen una cabeza grande ovalada, una frente amplia y ojos expresivos, abundante cabellera. La expresión de Tejada parece más abierta, más *afuera*, siendo más completo, quizá por la fortuna de nacer y criarse en un medio liberal y cálido (Barbosa), el bebé se sacó la sal de la boca y le dio la espalda al cura cuando lo iba a bautizar, le tocó “cristianarlo por detrás” (véase la anécdota en el texto de John Galán sobre Tejada), a diferencia del caso de López Velarde, quien tuvo que chupar cinco años de Se-

minario Conciliar en Zacatecas, en medio de las trifulcas de Pancho Villa y su banda, los cuales, en una entrada a Jerez, pasan por las armas al cura tío de Ramón, con qué nombre, Inocencio López Velarde. Ramón había estado con Francisco Madero, le atraía la revolución, fue a Ciudad de México, y conspiró, a su manera apasionada y de afectos recónditos en pugna. También Tejada es atraído por la revolución, iconoclasta de principio, miembro de los *Arquilókidas*, rechaza con ímpetu la obra de las vacas sagradas de la época, político siempre, sobre todo cuando se junta con Julieta y concibe con ella un hijo; si un hijo es una flecha hacia el futuro, este hijo no iba a durar y muere recién nacido. El arco tenso y el vuelo de la flecha duró todo el tiempo, en la corta vida del cronista y de su ilusión con el futurismo y el advenimiento del hijo; “Yo no quiero la paz” (1917): *No puedo estar en paz. Paz y quietud son un pecado de lesa juventud*. Días antes, en este mismo año de 1924, muere Lenin, muere su *único salvador*, cuando ya la cosa se torcía en Rusia sin remedio, bajo la batuta del *hombre de hierro*, Stalin. En septiembre de este año 1924, muere Luis Tejada de fiebres en Girardot. El desencuentro con la política de María Cano, tía de Luis, va a venir años más tarde; también ella poeta y apasionada, once años mayor que su sobrino, pertenece fugazmente al partido comunista. ¿Cuál fue la suerte de López Velarde con Pancho Villa? Quizá fue mejor la suerte de Tejada con su macho, *Pancho Villa*, por los caminos del monte, en la crónica “En el pueblo”. Luis toma el macho que su tío Eustaquio le mandó a la estación del tren, a su regreso al pueblo a visitar la abuela, cabalga con destino a la casa de los viejos: “Hubo un momento en que el misterio entrañable y desgarrador de la montaña se hizo tan agudo, tan palpable, alrededor, que me detuve atónito y permanecí sumido con alma y corazón en aquella soledad imponderable. Creo que descendí y abracé al buen Pancho por el cuello tibio, y mirándolo a las húmedas

pupilas, le dije con mi acento más loco y más profundo: —Pancho, amigo mío, ¿tú no comprendes la tristeza de la tierra? ¿no te sientes abrumado por un dolor trascendental en medio de esta cañada desolada?” (pág. 104). Ambos, Tejada y López Velarde, son creadores de estilo; decía Luis Eduardo Nieto Caballero que era difícil creer que un joven de escasos veinte años lograra atravesar con tanta propiedad “la cuerda floja del estilo”, esta prosa escueta y certera de Luis Tejada. Cuando López Velarde escribe: “Hemos perdido la inteligencia del lenguaje usual y el diccionario susurra”, uno cree que Tejada dio un paso adelante y captó este *lenguaje usual*, antilírico, sabía aprehender las cosas por el punto medio para mejor agarrar el mundo que su mente fecunda fabulara en simbiosis con el mundo mismo que le tocó vivir. Para apreciar su ingenio, léase cualquiera de sus crónicas, por ejemplo, “La cola” (pág. 61), “El automóvil” (pág. 90), “Los cordones” (pág. 94), “El arte de caminar bien” (pág. 32), y aquella crónica donde se refiere a la inteligencia (no aparece en el libro que reseño) como una curiosa enfermedad, se la figura como una “protuberancia enorme y prolongada, como al que se le creciera un kilómetro el dedo corazón de la mano derecha y fuera por el mundo llevándolo así”. ¿Cómo?, “palpando las cosas lejanas sin que aún las haya visto siquiera, tropezándose con todo, atormentado, loco, con ese dedo infinito que tendría una susceptibilidad delicada, una percepción sutil y enfermiza”. Ambos, Tejada y López Velarde, solteros de alma, véase la crónica de Tejada, “El hombre que se casa” (pág. 84), con un humor que evoca el magnífico cuento de Stephen Crane, “La novia llega a Yellow Sky”. En el caso de Tejada, también en el de Crane, una cosa dice el alma y otra el corazón, al final de su vida, cuando se casa y vive dos años con su novia Julieta antes de que lo sorprenda la Parca. Por su parte, López Velarde sienta su posición en el cuento breve, “Obra maestra”, donde el tigre,

que “medirá un metro”, camina de un lado a otro dentro de su jaula de “algo más de un metro cuadrado” (¿se trata de la superficie imaginaria de la hoja en blanco donde se debate el poeta?): “Judío errante sobre sí mismo, describe el signo del infinito con tan maquinal fatalidad, que su cola, a fuerza de golpear contra sus barrotes, sangra de un solo sitio. El soltero es el tigre que escribe ochos en el piso de la soledad. No retrocede ni avanza. Para avanzar, necesita ser padre. Y la paternidad asusta porque sus responsabilidades son eternas. Con un hijo, yo perdería la paz para siempre”. Desde temprano, en las exequias de un amigo, Tejada había declarado: “La alegría de la muerte debe afrontarse en la florida adolescencia”. Ambos escritores mueren jóvenes en la década de 1920 —de 26 años Tejada y de 33 años López Velarde—, ambos sufren un mal de pulmones, se les acaba el aire, por falta de fuerza en los pulmones, en el medio superprovinciano y enrarecido donde les tocó vivir; Tejada con tuberculosis, más otras afecciones, probablemente sífilis; López Velarde con neumonía y pleuresía. Ambos aman las cosas simples, aunque el poeta mexicano, casi siempre un lírico, acaricia la rima y el mundo, ahí donde Tejada, antilírico, parco y certero, agarra el mundo por la mitad. Al interior del bien editado libro de Panamericana, hay un retrato de Luis Tejada a sus quince años, sin bigote, diferente al retrato de dos años más tarde que aparece en la carátula de este mismo libro, y de nuevo uno se sorprende con esta nueva figura, ¿a quién se parece este joven apuesto, sino a él mismo que muda, y a...? Tejada había nacido en Barbosa (Antioquia, 1898-1924), y escribe a una de sus hermanas: “Tú y yo nacimos en Barbosa, y por eso somos como la caña de azúcar: con el corazón dulce y las hojas cortantes”.

Las primeras crónicas de Luis aparecen en un periódico del colegio que funda con unos amigos, *Glóbulo Rojo*. La hemoglobina, pigmento contenido en los glóbulos rojos, da el color característico de la

sangre. Esta hemoglobina de los glóbulos rojos contiene hierro, y el hierro capta el oxígeno en los pulmones y lo lleva a los tejidos, para que puedan renovarse. He ahí el objeto de estas crónicas, un poco de aire de *afuera* que inspirar, mientras llueve y no truena ni relampaguea en diciembre en Bogotá.

RODRIGO PÉREZ GIL

Una excursión al Medellín del “Patrón”

La mujer de los sueños rotos

María Cristina Restrepo

Seix Barral, Bogotá, 2009, 325 págs.

En uno de sus “Ecolios”, Nicolás Gómez Dávila describe la época que le tocó vivir como un tiempo en el que, cito de memoria y sin garantía de literalidad, “el rico vive su riqueza con avidez de pobre enriquecido y el pobre su pobreza con desesperación de rico empobrecido”. Ello contrasta, según Gómez Dávila, con otros tiempos en los que cada quien aceptaba con naturalidad la posición que le había tocado ocupar en la sociedad —como dada por Dios— y procuraba hacer lo mejor de ella.

El texto de Gómez Dávila es uno de muchos ejemplos que se pueden encontrar en su obra de rechazo visceral a la modernidad y a la movilidad social, una de las manifestaciones que él percibe no tanto como un proceso de liberación de los individuos sino, ante todo, como una fuente de inseguridades y de angustias. Sin duda, el pensamiento absolutamente reaccionario de Gómez Dávila —no se trata de una acusación, era él quien usaba esa palabra para definirse— es un extremo frente al cual la gran mayoría de los lectores actuales se sienten irritados, pues si se lleva hasta las últimas consecuencias, conlleva un rechazo a la

democracia y a todos los procesos liberadores que se han dado desde el siglo XVIII.

Sin embargo, tal vez pueda decirse que el texto de Gómez Dávila refleja con bastante precisión parte de una sensación común en ciertas clases sociales ante el advenimiento de clases emergentes que, muchas veces, terminan superándolas en capacidad económica. El rechazo al nuevo rico, tal vez un *leitmotiv* en toda la cultura occidental, suele mezclarse con cierta fascinación ante el ascenso social ajeno.



Los nuevos ricos, por su parte, suelen esforzarse por ser aceptados por las clases establecidas, aprender sus códigos culturales y sociales y en ese esfuerzo tienden a reconocer cierta superioridad de los otros pese a que permanentemente se repiten que son ellos los que tienen un mérito verdadero por haber alcanzado todo lo que tienen con su propio esfuerzo. Por eso, ese deseo de asimilación se mezcla con cierto gusto en pisotear esos códigos de cuando en cuando y por hacer sentir a los viejos ricos, que en muchas ocasiones cuando se miran de cerca no son tan ricos, que son ellos los que verdaderamente necesitan a los emergentes.

Releo lo escrito hasta aquí y no puedo evitar la sensación de que me estoy metiendo en camisa de once varas porque la novela de la que tengo que hablar —*La mujer de los sue-*

ños rotos de María Cristina Restrepo— tiene claramente que ver con el tema del ascenso de nuevas clases sociales, pero en un contexto muy concreto. Se trata del Medellín de los años ochenta, marcado por todo lo que significó el auge del narcotráfico. En la novela hay un personaje que se hace llamar el Patrón y que, aunque tiene otro nombre, lo tiene también todo para ser identificado con Pablo Escobar.

En aquel contexto, muchos de los ricos emergentes habían conseguido su riqueza a través de prácticas claramente criminales y otros, beneficiándose indirectamente de las fortunas de los capos de la droga. Es claro que no todo fenómeno de movilidad social —individual o colectiva— tiene un origen criminal. Tampoco el deseo de ascenso social —es decir, lo contrario a la resignación que en cierta manera predicaba Gómez Dávila— puede verse como algo ilegítimo que necesariamente termina llevando al crimen. Incluso puede decirse que el deseo de ascender suele ser el motor de progreso de las sociedades, que impide, por la presión de las clases medias, que las elites se anquilosen. Todo eso es cierto. Pero no es menos cierto que en sociedades en que, para muchos, los canales legítimos de ascenso social son difíciles de alcanzar, a muchos la falta de perspectivas pueden terminar llevándolos al crimen como camino para tratar de llegar al lugar que quieren alcanzar.

Tal es el caso del personaje tal vez más interesante de la novela de Restrepo, un hombre que se hace llamar Jamison Ocampo que, a la sombra del Patrón, ha acumulado una gran fortuna y ha llegado a ser jefe de una poderosa banda de sicarios desde donde goza de su poder y la conciencia de que ha llegado a ser más rico que todos aquellos a los que quería parecerse. Su nombre real es Pedro Luis Jaramillo y es hijo de una pareja de campesinos que tuvo que dejar el campo por la violencia y terminó viviendo en el barrio Aranjuez de Medellín. Aunque el lector conoce a Jamison Ocampo cuando ya es rico, y lo ve